

La Leyenda
de los Cinco Anillos

Antología
Volumen Uno

LOS GRANDES CLANES DE ROKUGAN

KATRINA OSTRANDER • ROBERT DENTON III

minotauro



LOS GRANDES CLANES DE ROKUGAN

Antología, Volumen Uno

KATRINA OSTRANDER
ROBERT DENTON III

minotauro

Los grandes clanes de Rokugan: Antología, Volumen Uno

Published by Aconyte Books, 2021
Copyright © 2024 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.
Reservados todos los derechos.

Originally published as *The Great Clans of Rokugan*
(*The Collected Novellas, Volume One*)

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2023
Imagen de cubierta: Mauro Dal Bo
Mapa: Francesca Baerald

ISBN: 978-84-450-1496-7
Depósito legal: B. 11.905-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

<i>Hielo y nieve</i> , de Katrina Ostrander	9
<i>La espada y los espíritus</i> , de Robert Denton III	153

CAPÍTULO 1

—Mi dama Hotaru. —Doji Inobu la saludó con una reverencia que resultaba perfectamente aceptable para dedicarla a una samurái de ascendencia noble, aunque de lo más inadecuada para la señora del Kyūden Doji.

Claro que Hotaru no lo era, no en el sentido estricto de la palabra. Solo era la señora interina, y los miembros fijos del palacio, como Inobu, no iban a permitir que se le olvidara.

En lugar de responderle solo con un ligero ademán con la cabeza, le dedicó una reverencia profunda, como debía ser al dirigirse a un orador y cortesano experimentado. Hotaru ya no vivía en la Academia de Duelo Kakita, donde bien podría haber desenvainado su espada en un gesto de desafío, por lo que iba a tener que recurrir a una amabilidad de muerte.

—Nos sorprende que haya venido, mi dama Hotaru. Le aseguro que no se tendría que haber molestado esta mañana. Los consejeros del palacio lo tienen todo bajo control. Por favor, acompañe a los invitados de su familia en el gran comedor.

Hotaru cerró la puerta corredera a su espalda y esbozó una sonrisa amable.

—Agradezco su preocupación, pero me gustaría quedarme, muchas gracias. —Hotaru ocupó un asiento junto a la mesa baja y sacó su abanico plegable de su cinto. Si bien no iba a tener que abanicarse, pues estaban en pleno invierno, la madera de ciprés y el tejido de seda del abanico eran un recordatorio sutil de la posición que ostentaba—. Los invitados de mi familia

y sus muchos familiares no se ofenderán si los acompaño dentro de una hora, en lugar de ahora mismo.

—Como guste —repuso Inobu. Carecía de la posición social necesaria para desafiar la decisión de la dama, quien era la heredera de su señor, aunque su falta de asentimiento dejaba entrever su desaprobación.

Inobu le dedicó una reverencia al primero de los consejeros que se habían reunido para presentar sus informes. Hotaru había llegado justo a tiempo para que la incluyeran en la reunión diaria, a pesar de que Inobu hubiera estado «atendiendo otros menesteres» y no hubiera podido transmitirle como era debido el momento y el lugar de dicha reunión.

—Señor Koji, adelante, por favor.

El shugenja de mediana edad, ataviado con una túnica de sacerdote formal y un sombrero alto, se aclaró la garganta. Era una de las pocas personas del clan que gozaban de la habilidad de oír a los espíritus de la tierra, el cielo y el mar: los kami.

—Las corrientes del agua y del viento cambian. Prevemos tormentas de nieve durante las próximas semanas... —empezó a decir.

La nieve implicaba pasar más días atrapada en los confines del palacio, rodeada de los invitados de su familia, ninguno de los cuales tampoco era lo bastante importante como para asistir a la Corte de Invierno Imperial.

Hotaru había suplicado para que la dejaran ir aquel año, aunque había sido en vano. Allí podría haber competido para ganar prestigio en los muchos torneos que se organizaban para que se entretuvieran los samuráis reunidos. Podría haber empezado a forjar las amistades que iba a necesitar en el futuro, cuando sucediera por fin a su padre como Campeona del Clan de la Grulla.

Solo que la necesitaban en el Kyūden Doji, o eso le había dicho su padre. Le había explicado que la Corte de Invierno era un nido de víboras a las que les encantaría envenenar la

reputación de una joven samurái solo por pasar el día entretenidas con los rumores, y ella todavía tenía mucho que aprender al presidir sobre la corte de su familia durante aquella estación. Si bien no debería haberle sentado como un castigo, sabía que a los herederos de otros clanes sí que se les permitía asistir...

Se obligó a dejar de darle vueltas a su abanico y escuchó el resto de los augurios del señor Koji sumida en un silencio respetuoso.

—La Diosa Sol y el Dios Luna volverán a su punto álgido pronto. Podemos esperar una marea real en dos semanas, comodoro Motoyashi.

—Se lo haré saber a mis tripulaciones —respondió el oficial naval, tras asentir.

Antes de concluir, el shugenja hizo un repaso de los preparativos de los guardianes de los santuarios para el Festival de la Nieve. Pese a que la señora interina iba a tener un papel ceremonial que interpretar, el senescal del palacio, su suplente y los clérigos se aferraban con fuerza al honor y la responsabilidad de planear la fiesta en sí.

Inobu continuó con su propio resumen de las salidas y demostraciones que había planeado para la corte, siempre que las inclemencias del tiempo lo permitieran. Iba a reunirse con el administrador y el senescal para hacer inventario de las alacenas del palacio y asegurarse de que pedían suministros adicionales de los almacenes si era necesario. Una vez más, Hotaru no pudo hacer nada más que asentir conforme pronunciaban sus informes. Inobu ya tenía el asunto bajo control sin que ella lo cuestionara ni interfiriera; no le había dado ninguna razón para dudar de lo competente que era, sino solo de en cuánta estima la tenía.

Por último, Inobu le pidió el informe al capitán Asano, de la guardia del palacio, y a la comandante Yukitori, de la infantería provincial. Asano repasó los informes de las patrullas del

palacio, mientras que Yukitori habló del entrenamiento de su guarnición.

—Debemos empezar a considerar cuántas de nuestras fuerzas deberíamos destinar a la defensa de Toshi Ranbo. No cabe duda de que el joven señor del Clan del León, Akodo Arasou, organizará un contraataque para retomar el castillo.

Hotaru consideraba a Akodo Toturi, el hermano de Arasou, un amigo cercano. Toturi era un hombre racional, inteligente y tranquilo... El problema era que los dos hermanos eran polos opuestos, como el fuego y el agua. Arasou siempre tenía ganas de pelea. Ni siquiera la exigencia del emperador de que intercambiara prisioneros con el Clan de la Grulla podía saciar su apetito de guerra y gloria. Si Toturi fuera el Campeón de los Leones, tal vez sus clanes no hubieran derramado tanta sangre el uno del otro. Sin embargo, Toturi había abandonado los asuntos bélicos de los Leones y había intercambiado el Colegio de Guerra Akodo por un monasterio.

—Mmm —pensó Inobu en voz alta.

Hotaru estaba escogiendo sus palabras para resaltar la agresividad de Arasou cuando Inobu declaró:

—Sin ánimos de ofender, el asunto puede esperar a que regrese nuestro señor.

Solo que su padre iba a pasar el invierno junto al emperador, en la corte de otro clan, para atender a los apreciados menesteres del Campeón Esmeralda. Hacer de guardaespaldas personal del emperador y ser responsable de aplicar las leyes, así como de comandar las Legiones Imperiales, no dejaba demasiado tiempo libre para cubrir las necesidades del Clan de la Grulla y de la familia Doji. Aun así, su padre no había relegado las decisiones importantes que concernían al clan y a la familia, por lo que aquellos consejeros no iban a esperar que ella tuviera alguna opinión, y mucho menos que diera alguna orden.

—La movilización no comenzaría hasta finales de primavera,

en cualquier caso —dijo Inobu para tranquilizar a la comandante.

—De acuerdo —respondió Yukitori. Aunque tenía el entrecejo un poco fruncido, fue un gesto que le gritó a voces a Hotaru.

Si su padre no pensaba permitirle que lo acompañara a la Corte de Invierno oficial, al menos aquellos consejeros podrían cederle algunos de los menesteres familiares a ella. No iba a poder demostrar su valía si nadie le permitía involucrarse ni siquiera con los asuntos cotidianos del palacio.

Y, gracias a su amistad con Toturi, ¿acaso ella no era la más indicada para hablar de las intenciones de Arasou? Cogió aire antes de hablar.

—Comandante Yukitori. —Los consejeros se quedaron en silencio. Motoyashi y Asano no fueron capaces de contener la sorpresa que se habían llevado al oírla hablar—. Se me ha nombrado señora interina del Kyūden Doji en ausencia de mi padre. Permítanme decidir cómo preparar a las tropas de la provincia Kazenmuketsu.

Inobu frunció los labios, casi sin poder contener su molestia.

—Como he dicho, no tenemos que planear nada hasta dentro de varias semanas. Comandante Yukitori...

Hotaru cerró su abanico de golpe a modo de advertencia.

—Si la comandante está lista para comenzar con los preparativos, ¿no sería mejor para el clan que contáramos con más tiempo para organizar a nuestras tropas? —insistió.

Los consejeros se removieron en sus asientos, incómodos.

Inobu se enderezó, listo para atacar con una reprimenda educada pero firme, solo que unos pasos apresurados resonaron por el pasillo, y la puerta corredera se abrió con un chasquido repentino.

—¡Mi dama! —Un soldado entró e hizo una reverencia profunda. Si bien se suponía que se estaba dirigiendo a Hotaru, mostraba su deferencia hacia la comandante.

—¿A qué se debe esta interrupción? —exigió saber Yukitori.

—Traigo noticias funestas. —Todavía con la cabeza gacha, el soldado se acercó y le entregó varios papeles doblados a la comandante antes de retroceder adonde estaba antes—. Una de las flotas del Clan de la Mantis ha capturado la Fortaleza de las Velas Blancas —explicó, mientras Yukitori leía las páginas por encima.

Fue como si un terremoto hubiera sacudido la cámara entera. Los consejeros se quedaron mirando al mensajero en silencio mientras procesaban la información. Todos los allí reunidos ya estaban acostumbrados a las constantes disputas territoriales en las fronteras con sus vecinos al oeste, el Clan del León, y estaban listos para responder a un asalto contra una de las aldeas que colindaban con las Llanuras Osari o incluso la ciudad castillo Toshi Ranbo. Sin embargo, que su costa estuviera bajo asedio de aquel modo, y por parte de una familia menor formada por mercaderes y contrabandistas...

—La Fortaleza de las Velas Blancas... El señor Sasaki Okimoto lidera la guarnición del lugar y supervisa el pabellón de la señal de fuego, ¿verdad? —preguntó Hotaru. Si recordaba bien lo que le habían enseñado, la familia vasalla Sasaki había jurado lealtad a su padre. Su fundador era un humilde pescador que había rescatado a uno de los ancestros de Hotaru de una tormenta terrible en alta mar. A modo de agradecimiento, habían elevado al pescador al rango de samurái y le habían otorgado la posesión de las Islas del Pez Volador, un archipiélago en la costa oriental de la provincia Oyomesan.

—Así es, mi dama —confirmó Inobu—. Pero pensar que un clan menor se atrevería a provocarnos de forma directa...

—Son insensatos, ilusos; o ambos al mismo tiempo —declaró Motoyashi.

Yukitori acabó de leer los informes y se los entregó a Asano para que hiciera lo mismo.

—Aunque nos sería fácil expulsar a los Mantis de la fortaleza

durante el verano, todo cambia en invierno. Podemos reunir contingentes de tropas Doji, pero... Podríamos transmitir un mensaje a los Daidoji para que preparen refuerzos, tanto en términos de soldados como de embarcaciones. Vamos a necesitar algo más que la pequeña flota que tiene atracada en Villa Pacífica, comodoro.

Motoyashi asintió, con expresión lúgubre.

—Capitán, ¿puede ir a buscarnos mapas de la región?

—Por supuesto. —Asano le dedicó un saludo a Yukitori con un puño cerrado y salió de la cámara.

Inobu se frotó la barbilla.

—Mmm... Nuestro mayor escollo no es la logística, sino la legalidad. Incluso si solo retomamos un castillo que es nuestro por derecho, nos arriesgamos a empeorar la situación. No podemos destinar más que un número escaso de tropas contra el Clan de la Mantis, para que no se nos vea como los agresores. El emperador ha extendido su protección personal a todos los clanes menores, incluido el de la Mantis.

Hotaru no quiso imaginarse las decisiones que se vería obligado a tomar su padre si las legiones del emperador se tenían que enfrentar a las de su propio clan.

Koji habló por fin, con la voz grave por la tristeza.

—Las leyes de los mortales son algo que tener en cuenta, pero los decretos celestiales también deben considerarse. La guerra implica muerte, y la muerte es una afrenta a los kami. Ya hay sufrimiento suficiente para todos, sean samuráis o plebeyos.

Koji tenía razón, aunque aquello no quería decir que fueran a hacerle caso. Los Asahina eran pacifistas en un clan en el que la mitad de las grandes familias estaban dedicadas a las artes marciales. ¿Cuántas veces habrían pasado por encima de él en aquella cámara? ¿Y cuántas veces más iba a estar obligado a ver cómo el Clan de la Grulla se dirigía a la guerra?

—Todos ansiamos la paz, pero, si no atajamos el problema

deprisa, nuestros enemigos creerán que tienen una oportunidad de conseguir sus objetivos —advirtió Yukitori—. En ocasiones hay que combatir para mantener la paz.

—Y en ocasiones las guerras pueden ganarse tan solo con palabras —contraatacó Inobu—. Enviemos a una delegación primero.

—Eso puede surtir efecto o no, depende del líder de los Mantis. ¿Tenemos constancia de quién lideró el ataque?

El soldado raso respondió:

—Según los pescadores del lugar, los estandartes del buque insignia estaban pintados de negro, con unos rayos blancos.

—Debe tratarse del *Inazuma*, entonces. Un hombre llamado Gendo es el capitán de esa embarcación —sugirió Motoyashi.

—¿Qué sabemos de él?

—Bastante poco. Podemos preguntar a los capitanes...

—He oído hablar de él —se atrevió a interponer Hotaru. Todos se volvieron hacia ella, y, aquella vez, sus miradas cargadas de sorpresa también estaban teñidas de curiosidad.

Respiró hondo y cuadró los hombros para estar más recta. Podría ser cuestión de suerte que conociera el nombre, o tal vez cosa del destino. Aquella era su oportunidad de demostrar que podía ser de utilidad.

—Cuando aún estaba estudiando, mi tío... Kakita Toshimoko y yo viajamos a la Ciudad de Gotei en las Islas de la Seda y las Especias. Allí conocimos a algunos de los marineros de la tripulación del capitán Gendo. Eran osados, incluso teniendo en cuenta que eran Mantis, y acababan de volver de un asalto con éxito contra algunos piratas de Pavarre. No deberíamos subestimarlos como guerreros.

Aquel no era el lugar apropiado para admitir que ella y su tío tenían un conocimiento de primera mano de cómo luchaban, al haberse enfrentado a algunos de los marineros del *Inazuma* tras una tirada de dados de dudosa suerte en una partida de Fortunas y Vientos, por lo que decidió omitir dicho detalle.

—Mmm... Ya veo —dijo Inobu, todavía frotándose la barbilla.

Asano volvió con los mapas, y se apresuraron a desplegarlos ante ellos.

—Aun así, ¿cuántas embarcaciones y marineros habrán tenido que destinar para capturar la fortaleza y defenderla? —preguntó Yukitori, señalando hacia la isla principal.

—Todo eso depende de las condiciones en las que se libra la batalla —admitió Motoyashi—. ¿Fue un asalto nocturno, un ataque encubierto por la niebla o se produjo a plena luz del día?

—Fue sumido en una niebla antinatural que empezó a anoecer —informó el soldado raso—. Todavía no sabemos cuántas embarcaciones han atracado en la bahía de las Velas Blancas.

Motoyashi soltó una maldición por lo bajo.

—Mi dama Doji —dijo, con la mirada clavada en Hota-ru—. ¿Qué puede decirnos sobre este asalto contra los corsarios?

Entonces iban a determinar lo útil que era.

—Bueno... Lo más seguro es que se tratara de un alarde por su parte, pero afirmaron haber matado a todos los que estaban a bordo sin perder a uno solo de sus marineros.

—Y ahora cuentan con una fortaleza amurallada desde la que defenderse —señaló Asano—. ¿Tenemos alguna idea de cuántos soldados siguen cautivos en la isla? ¿Sospechamos que hayan tratado a los Grullas con la misma brutalidad que a los marineros extranjeros?

—Todavía no han pedido ningún rescate, pero no me imagino que los Mantis no quieran sacar más beneficio, por decirlo de algún modo —repuso Motoyashi—. Por muy sedientos de sangre que estén.

—En ese caso, llevemos al shugenja Asahina a defender a nuestras tropas —interpuso Yukitori.

Koji se puso pálido, aunque parecía dispuesto a enviar la petición a su hermano, el *daimyō* de los Asahina, de todos modos.

—Una vez más, debo insistir en que consideremos destinar los reservistas Daidoji de las provincias colindantes. Para superar a los Mantis en un asalto decisivo.

—¿Por un asalto a una isla? No, unas cuantas de las mejores embarcaciones de la marina deberían bastar —respondió Motoyashi.

—Tal vez podamos conseguirlo con menos incluso. Dejemos que intenten enfrentar a uno de sus guerreros contra un *kenshinzen* —sugirió Asano—. Que el problema se decida en un duelo a muerte, para salvar la vida de las tropas de ambos bandos. —Los *kenshinzen* eran los mejores duelistas Kakita de aquellas tierras, además de asesinos ocasionales que se cubrían con los modales de la corte para asesinar a sus víctimas en público. Su tío, Toshimoko, seguramente era el *kenshinzen* más legendario aún vivo. ¿Lo enviarían a él? Y lo que era más importante aún: ¿accedería a ir? Nadie podía decirle al Grulla Gris adónde ir..., ni tampoco pedirle que se quedara atrás si no le apetecía.

—Pero, si los Mantis demuestran estar a la altura de su mala reputación y se niegan a aceptar el resultado del duelo, o si las embarcaciones o ejércitos de los Daidoji no logran retomar la isla... —Yukitori alzó la voz—, ¡pareceremos más débiles todavía! Debemos contar con el consejo del Campeón.

El corazón de Hotaru latió desbocado. ¿Cuánto tiempo más se iba a ver obligada a acudir al consejo de su padre? ¿Meses? ¿Años?

—¡No! —Se puso de pie de sopetón. No pensaba quedarse allí sentada para ver cómo discutían ni dejar que se le escapase la oportunidad. Se esforzó por hablar con más calma—. El señor Doji me escogió a mí como señora interina del palacio y de la familia. En ausencia del Campeón, y sin tiempo para reunir al consejo, solo yo puedo trasladar este asunto a los señores de los Kakita, los Daidoji y los Asahina.

Motoyashi parecía que estaba a punto de contradecirla, pero se contuvo. Yukitori no ocultó su expresión de incredulidad, aunque Hotaru no la culpaba. Yukitori contaba con décadas de experiencia como comandante, mientras que Hotaru se acababa de graduar de la Academia de Duelo Kakita, y sin obtener el prestigioso título de Campeona de Topacio, como sí habían hecho su padre y su abuela.

Sí, no cabía duda de que era por aquella razón que su padre la había dejado allí y que los consejeros del Kyūden Doji no hacían caso a su autoridad.

Solo que Hotaru estaba segura de que no podía permitirles tomar aquellas decisiones sin ella, pues, de lo contrario, solo tendrían más motivos para no hacerle caso en el futuro, y, si algo iba mal, su padre tendría más razones aún para dudar de sus habilidades y de su posición como heredera.

Tenía que demostrar su valía o conformarse con quedarse abandonada toda la vida, sin ninguna hazaña a su nombre.

—Nos llevará demasiado tiempo enviar un mensaje a mi padre para que nos responda, y el tiempo es algo de lo que no disponemos. Incluso si el señor Koji le pide ayuda al kami del aire de inmediato, al más raudo de los vientos le hará falta tiempo para transmitir el mensaje al Castillo de la Gloria Matutina. Tenemos que decidirnos ya.

Los consejeros esperaron, y Hotaru se apresuró a formular un plan.

—Como bien han indicado, la primera opción debe ser buscar una solución diplomática. El Clan de la Mantis ha sido nuestro aliado desde hace mucho tiempo. Sin embargo, si la paz demuestra ser un callejón sin salida... —Tragó en seco—. Debemos estar preparados.

Inobu tenía razón, no podían usar una fuerza militar directa contra un clan menor sin quebrantar la ley imperial, incluso si el agresor había sido dicho clan menor. Y lo que era peor aún: las tensiones podrían ir a más, de modo que una disputa por

un solo castillo podía multiplicarse, o incluso arrastrar a toda la flota al conflicto. El Clan de la Mantis dependía del arroz del de la Grulla para alimentar a su pueblo, y, a cambio, comerciaban con seda, especias y madera exótica que podían transformarse en obras de arte que se adquirían por todo el imperio. No tenía ningún sentido que los clanes malgastaran sus recursos en una guerra, y menos aún cuando los Grullas ya tenían que preocuparse por los Leones.

—Señor Inobu, organice que el capitán Gendo reciba una delegación de nuestra parte de inmediato. Comandante, informe al general Daidoji Uji. Dígale que reúna a sus fuerzas y que comience los preparativos para un asedio. Comodoro, transmita mis órdenes al almirante Hoshitoki para que forme un bloqueo alrededor de la isla para que nadie entre ni salga. Dígale que capture o derribe cualquier paloma mensajera si es necesario. No podemos permitir que los Mantis atraquen más de sus embarcaciones en la bahía.

Nadie se movió ni dijo nada durante unos momentos. La señora interina del Kyūden Doji acababa de ordenar que reunieran las tropas en pleno invierno. Iban a tener que lidiar con la hipotermia, además de que existía un riesgo razonable de que las tropas quedaran atrapadas en una ventisca o de que los barcos se hundieran en el mar embravecido. Sin embargo, aquella responsabilidad pesaba sobre los hombros de Hotaru, no de los demás.

—Así se hará, mi dama Hotaru. —Inobu le dedicó una reverencia.

Los escribas ya se estaban encargando de transcribir sus órdenes en cartas oficiales. Una a una, Hotaru las cerró con su sello personal.

Se las entregó a los consejeros, quienes las iban a dejar en manos de mensajeros que luego iban a entregarlas con tanta rapidez como permitieran los caballos. Por mucha prisa que se dieran, los ejércitos tardarían en reunirse, y, si las inclemencias

del tiempo les impedían los movimientos, a pesar de los rezos y los acuerdos de Koji y sus compañeros shugenja...

Cualquier camino que decidiera emprender era un riesgo. Aun con todo, si esperaba a que su padre le asegurara que estaba tomando las decisiones correctas, los Mantis tendrían más tiempo incluso para organizar sus defensas. Y el fracaso iba a ser responsabilidad de ella.